

Álvarez Barrientos, Joaquín, *Maquetista y artillero. León Gil de Palacio (1778-1849). Entre ciudad y patrimonio*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2022, 390 págs. ISBN: 9788413404066

Este libro de Álvarez Barrientos era un libro necesario. El modelo de Madrid lo conocen bien los madrileños y los visitantes del Museo Municipal, pero hacía falta explicar quién hizo esta enorme maqueta, iniciada en 1828 y acabada el año 1830. Quizá lo primero que cabe preguntarse, con el autor, es ¿modelo o maqueta? ya que el término maqueta se ha apropiado de lo que durante siglos se llamó modelo, aunque hasta 1936 no entrara en el diccionario de la RAE. Hasta tal punto se ha consolidado ese cambio de términos que en el mismo título Álvarez Barrientos llama maquetista a León Gil de Palacio, si bien en sus páginas utiliza indistintamente ambos términos. La segunda definición profesional del biografiado en el título es la de artillero, lo que nos lleva a la relación histórica entre el mundo militar y el universo de las maquetas y la representación del espacio urbano. Partiendo de estos dos ejes, el autor va desgranando las transformaciones de la sociedad, la técnica y la idea del progreso entre el Antiguo y el Nuevo Régimen a través de una vida que refleja en gran medida esos cambios.

Leemos sobre las acciones de guerra y las responsabilidades que fue teniendo León Gil de Palacio a lo largo de toda su vida, y que fue profesor de dibujo en la Academia de oficiales de La Coruña, ciudad en la que residió muchos años, donde fue conocido por sus ideas liberales. Estas tuvieron graves sus consecuencias en su carrera, ya que acabó expedientado, situación que acabó cuando su diseño de arquitecturas efímeras para la entrada del rey en Valladolid agradó tanto a este, que aceleró su purificación y le acabó llevando al Museo de Artillería en 1828 y al fin de su expediente en 1831, años en los que haría el gran modelo de Madrid. A partir de entonces, como estudia Álvarez Barrientos, se dedicó a cuestiones técnicas, históricas y de formación relacionadas fundamentalmente con el modelismo y la historia del cuerpo de artilleros. Fundaría el Gabinete Topográfico, y dirigió tanto la Galería Topográfica en Recoletos como el Museo de Artillería.

Resulta interesante en esta biografía también que Gil de Palacio vivió un tiempo de profundos cambios en la ingeniería, apreciable en que a la vez que por su condición de artillero compartía formación e intereses con los ingenieros militares –habiéndose formado en la Academia de Matemáticas de Barcelona– el referente de autoridad en sus escritos fue Betancourt, ingeniero clave en la evolución y especialización de la ingeniería civil en el cambio de siglo. El autor resume la historia de los modelos, que pueden explicar que un militar hiciera modelos civiles, una historia en la que tienen cabida desde lo que supuso el proyecto de *Plans Reliefs* iniciado por Luis XIV hasta el empeño de Carlos III por tener lo mismo de las plazas fuertes españolas, de la que queda el magnífico modelo de Cádiz, una de las plazas fuertes españolas que ya había sido objeto siglos antes de la elaboración de modelos cuando se trataba de transformar sus defensas, como el modelo de la

ciudad que hizo Cristóbal de Rojas, o el de ciudadela que hizo Spannocchi. Es notable el interés del autor por documentarse sobre la historia de los modelos de ingeniería antes del siglo XVIII, porque es frecuente entre los dieciochistas pensar que todo empezó en ese siglo, aunque le falte algo de información al respecto para entender mejor el cambio que supusieron los modelos de Gil de Palacio en el contexto de la representación del espacio urbano por parte de los ingenieros. Estos los habían proyectado en términos de utilidad, de información para la acción tanto en la guerra como en la paz, acompañados de largas relaciones escritas que explicaban lo que se veía en modelos y dibujos. En tiempo de León Gil de Palacio se estaba produciendo la disolución de esa funcionalidad, hasta acabar convertidos en curiosidades dedicadas al entretenimiento, mezcladas con los espectáculos ópticos, y en expresión política del progreso de la monarquía.

La excelencia como maquetista de León Gil procede precisamente de que el saber en la construcción de modelos de ciudades había estado durante siglos en manos de los ingenieros –en 1529 el modelo de la ciudad de Florencia se hizo para que el papa lo pudiera utilizar en el asedio a la ciudad toscana; en 1602 Felipe III pidió un modelo de la ciudad de Palma de Mallorca para entender los retrasos de las obras...– limitándose por lo general los arquitectos a hacer modelos de edificios, como los perdidos del monasterio de El Escorial de los que habla el padre Sigüenza, o el magnífico de la cúpula del Vaticano. La necesidad de los modelos, independientemente de su funcionalidad la explicaba muy bien Scamozzi quien en *L'idea della architettura universale* (1615), decía que el dibujo era una expresión teórica y matemática, mientras que los modelos llegaban a los sentidos. Esto es lo que desarrolla Álvarez Barrientos al abordar la cantidad de funciones que se les dio a las maquetas –lo hace de manera general, no solo se refiere a las de ciudades– desde juguetes para príncipes con los que aprender el arte militar, hasta el carácter didáctico para la formación de militares, así como su uso para escenografías teatrales ya en el siglo XIX.

Que el mundo militar es determinante para explicar las cualidades y calidades de la maqueta de Madrid, lo demuestra el mismo autor –aunque en mi opinión sin darle la importancia que merece– quien en su investigación ha averiguado que los complejos procesos de medición para realizar el gran modelo urbano los resolvió Gil de Palacio con un buen equipo de militares a sus órdenes, al que se le dieron todas las facilidades para elaborar la nueva cartografía de la ciudad, por lo que incluso aventura que es posible que algunos de los planos y dibujos de este gran proyecto se conserven todavía desconocidos en algún archivo militar. Buscarlos sería una buena tarea de investigación para los lectores de este libro.

Uno de los cambios de época que refleja la actividad de León Gil de Palacio es que realizó un modelo que desde su origen tuvo la finalidad de formar parte de una colección o museo con una utilidad política. Como muy bien explica Álvarez Barrientos, a eso se sumó pronto una valoración por los coetáneos en tanto que contenedor y guardián de la memoria de un Madrid que iba desapareciendo rápidamente. En cambio, los modelos de los ingenieros en la Edad Moderna –desgraciadamente perdidos en su inmensa mayoría– dejaban de tener utilidad una vez terminada o transformada la obra que los justificó, otros desaparecieron por su propia materialidad en madera o barro, y sólo llegaron a las colecciones aquellos cuyo significado histórico justificaba su conservación, como fueron los de las obras reales o los de las plazas fortificadas en Berbería que tuvo Felipe II. Gil de Palacio se saltaría el paso previo al de la llegada a la colección, porque al parecer su utilidad para las autori-

dades municipales madrileñas tuvo muy poco recorrido, al igual que sucedió con el modelo que hizo de Valladolid. Por entonces ni estos, ni modelos coetáneos como los de París o Praga –cuyo proceso de elaboración, financiación y exhibición fue distinto– contenían ya una información que debiera ser controlada por el poder, y de ahí lo que estudia el autor: que el éxito del modelo de Madrid hizo que el embajador francés pretendiera encargar a León Gil –un extranjero– un modelo similar de París, a lo que este no se prestó, dada su buena situación tras la purificación y el éxito obtenido con su modelo en el aprecio del rey.

Para finalizar, fijémonos ahora más de cerca en la maqueta de Madrid y en el libro construido en torno a ella y a su autor: en el Madrid de León Gil no hay habitantes, no hay vida –aunque haya árboles– pero, aunque permanezca como una ciudad sin ciudadanos, es como si Álvarez Barrientos hubiera ido dando vida a esa ciudad vacía con todo lo que sucedió en torno a ella. Así, podemos ir recorriendo en sus páginas las visitas de Fernando VII, noticias admiradas en la prensa a la mayor gloria del rey, la curiosidad que despertaba, o cómo las autoridades municipales del XIX se dieron cuenta de que, en cuanto no sirvió para decidir qué hacer en la ciudad, adquirió un valor histórico, de memoria de lo que la ciudad había sido, que es el que conserva hoy día. Estudia Álvarez Barrientos también de qué manera la figura de León Gil de Palacio, precisamente por su excelencia en la elaboración de modelos, se relacionó con la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y con los proyectos para renovar la enseñanza de la arquitectura. De hecho, acabó siendo nombrado académico por la sección de arquitectura, lo que es de nuevo un ejemplo de los cambios que se estaban dando en la definición de las profesiones.

Nos recuerda también el autor el uso de las maquetas para los espectáculos ópticos que tanto atrajeron a los madrileños, relacionado con lo cual estuvo la Galería Topográfica, dirigida por León Gil, en la que se podía disfrutar de vistas topográficas, dioramas y estatuas de cera. Y si la historia de esta Galería Topográfica en la que la ciencia se hizo espectáculo, es de enorme interés, no lo es menos la del Real Gabinete Topográfico, que para León Gil de Palacio fue un reto en el que se implicó con todas sus energías, y que una vez muerto, y perdido su impulso, fue considerado por Martín de los Heros inútil salvo para “satisfacer una frívola curiosidad”, aunque ya ni para eso servía por el abandono en que estaba. Asimismo, Álvarez Barrientos relata los avatares y circunstancias por los que pasó el Museo de Artillería, en el que León Gil realizó modelos topográficos y reunió en su colección piezas clave para el conocimiento de la historia de la artillería, del que escribió con orgullo que gracias a él todos podían saber “lo que ha sido, es y puede ser nuestra patria”. Demostrar que España no era el país atrasado que consideraban los extranjeros y tantos españoles fue un empeño compartido con otros personajes de la época. Asimismo, sus coetáneos alabaron sobremedida el empeño en la conservación del patrimonio militar español, por lo cual, entre otras razones, es tan acertado el subtítulo de este libro: “entre ciudad y patrimonio”.

En conclusión, este libro resulta de gran interés para el historiador del siglo XIX, puesto que, entre otras muchas cuestiones ya comentadas, aborda la relación de las maquetas urbanas en la Europa de ese siglo con la representación del espacio institucional y simbólico, en el que –como explica su autor– se reflejaban la economía, el arte, la sociedad y la política de las grandes ciudades de la burguesía, además de ser una demostración del poder del rey de España que así ponía de manifiesto el valor dado a la ciencia y el arte en su reinado. La contextualización que hace de todo ese

proceso es uno de los grandes valores del libro, al introducir en sus páginas otros protagonistas, otras iniciativas, otros países, otras instituciones...

Alicia Cámara Muñoz
Universidad Nacional de Educación a Distancia
acamara@geo.uned.es